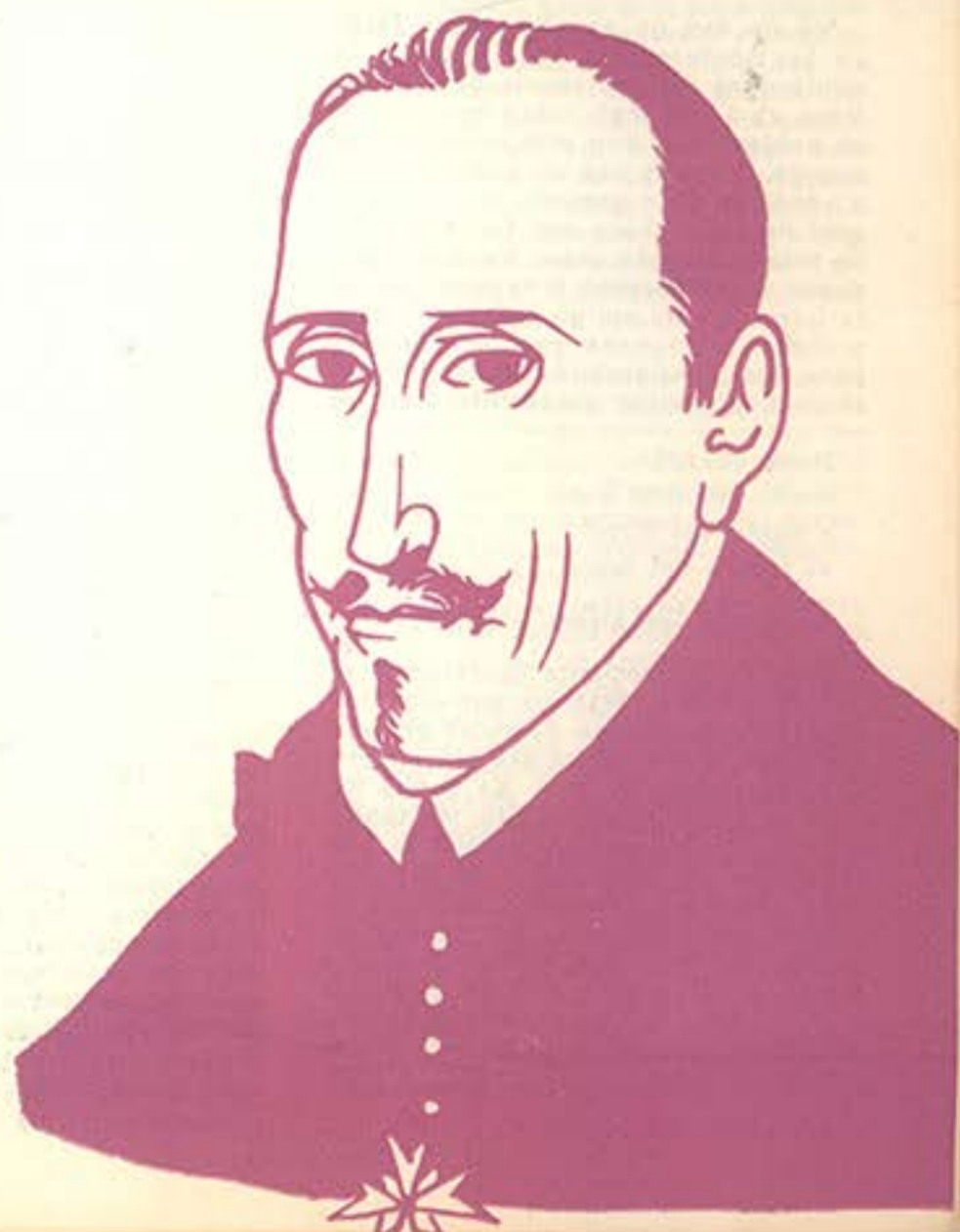


LOPE DE VEGA Y LA POESIA CONTEMPORANEA ESPAÑOLA

por rafael alberti



Yo no soy un erudito. A lo largo de las conferencias que la Junta organizadora del centenario de Lope de Vega va a celebrar, habrá muchos que os hablen de él con más conocimiento que yo. Yo sólo soy un poeta a quien, a veces, el dato preciso, la comprobación de un hecho o una fecha, pueden no interesar gran cosa. Pero yo agradezco al eruditísimo presidente de esta Comisión, mi amigo José Ma. Chacón y Calvo, esta hora que me concede, para que, considerándome descendiente de Lope, opine libremente sobre él.

Ibase la niña
noche de San Juan
a coger los aires
al fresco del mar.

¡A coger los aires! atención.

Dije, en mi reciente conferencia en el Lyceum de La Habana, que José Bergamín afirmaba, con palabras del mismo Lope, que el poeta era aire, ligero, gracioso, como el aire. Es bueno hablar de Lope, recordándolo, recitándolo, en la estación que mueve el aire más fino de su poesía. El aire, en esta época de primavera, se llena de cantos, de canciones, tan tenues algunos, tan mínimos y ligeros que, a veces, ni el mismo aire se atrevería a firmarlos. De esos aires o cantos, está llena la obra de Lope, la tierra y patria de Lope.

¡A coger los aires!

Vamos a coger los aires, sus aires, los que Lope, como un Gil Vicente un siglo antes, supo cazar en los aires vivos de la poesía popular, y no para matarlos, sino para soltarlos otra vez, llenos de sangre nueva; para devolverlos otra vez al mismo aire que se los había entregado.

Yo sé que Lope es todo: el drama, el auto, la comedia, el poema heroico, el soneto amoroso y el satírico, la letrilla tonta, la décima cruel, etc.; que se sirve de todos los moldes, de todos los ritmos conocidos en su patria y fuera de ella para volcar desde los más vehementes y violentos arrebatos de su sangre, hasta los más suaves y desvanecidos; que es católico apostólico romano, llegando, en momentos, hasta el empacho y la pesadez más fatigosa; pero no ignoro que saltando por las barreras de su catolicismo, su juventud robusta, sana, continua hasta en los años de su vejez, lo lleva, sin remordimientos excesivos, a simultanear con los Cristos y los santos, con los misterios y la teología, el desbordamiento del vino de las fiestas, las patas peludas de los sátiros en los bosques de encinas madrileñas; toda esa alegría rehacentista, que en Lope es popular, de pueblo español, de romería donde se baila, se bebe, se canta y, entre los matorrales, se les da zancadillas a las mozas. Pues bien: es a este Lope jaranero, juerquista, atolondrado como pudiera ser un señorito del siglo XVII, al que vamos

a dedicar un homenaje, todo nuestro gran entusiasmo esta tarde de hoy, una tarde cualquiera del año que conmemora su muerte.

¿Pero dónde está ese Lope de aire, esos aires de Lope que buscamos, que queremos para nosotros? Indudablemente, en los romancillos, letrillas y cantares esparcidos en su millonaria labor de hombre de teatro. En ellos vamos a espigar, por ellos vamos a ver cómo algunos poetas españoles de ahora estamos ligados a Lope intimamente, continuando esa tradición que recrea lo "popular", que lo toma, para devolverlo reinventado. El y Gil Vicente, dijimos, son, al menos para mí, los más grandes maestros en esta trayectoria. Ellos la impulsan: su embestida llega hasta nosotros, nos alcanza, cogiéndonos, volteándonos. Es el toro, el torillo suelto de la poesía popular, cuyas cornadas, a veces, si los poetas insistimos demasiado, pueden sernos mortales. Con una variante nuestra, podemos sentirnos advertidos en estos versos bailables del mismo Lope:

Poeta, guárdate del toro,
que a mí mal ferido me ha.

Pero, antes de seguir, veamos qué es lo "popular".

El poeta español Juan Ramón Jiménez, al aludir, en las notas finales de su Segunda Antología Poética a la poesía y arte populares en general, afirma: "No hay arte popular, sino tradición popular del arte".



El pueblo, en su aislamiento de clase, en su imposibilidad económica de conocer y asimilar la cultura que se elaboraba en las ciudades por los distintos poderes dominantes, ha ido conservando modelos, en su mayoría fragmentarios, supervivencia de anti-quisimas artes que las diversas capas de civilizaciones pasadas por España fueron dejando en su memoria. Así, lo "popular" que hoy conocemos repito, copia, sin saberlo, en sus coplas, romances, bordados, cerámicas, cuentos, estos viejos modelos de autores ya perdidos. Claro que al copiar o repetir, unas veces los embellecen, recreándolos, y otras, por el contrario, los estropean. Residiendo en esos retoques y añadidos la gracia y fuerza viva de esta memoria en movimiento. Es "la tradición popular del arte". Los grandes poetas, los individuos, inventan, y el pueblo recoge lo inventado y lo transforma, a veces, haciéndolo ir más lejos.

Una noche oí esta copla al cantaor sevillano José Cepero:

A un arroyo claro a beber
a un arroyo claro a beber
vi bajar una paloma.
Por no mojarse la cola
levantó el vuelo y se fue.
¡Qué paloma tan señora!

Este José Cepero no es un poeta culto. El no sabe de sonetos, elegías, octavas reales o alejandrinos. El somete sus coplas, ritmos y músicas ya dados. Por lo general, apoya casi

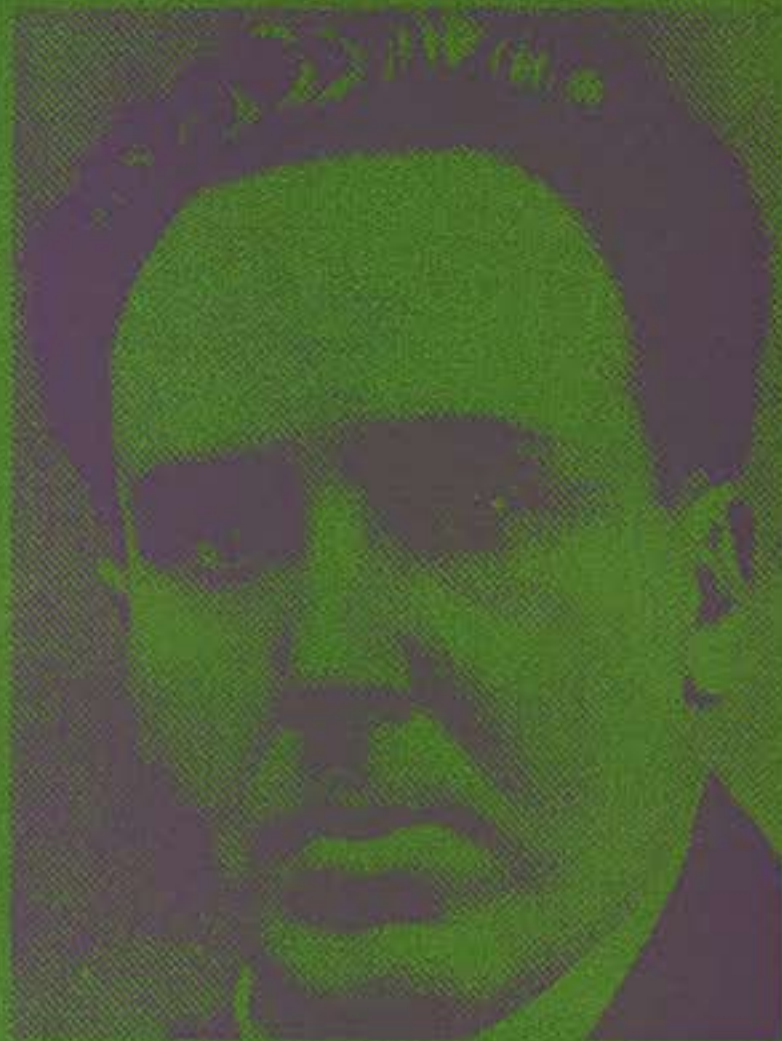
todas sus canciones en los versos castellanos más sencillos: el octosílabo de los romances, o en los de cinco, seis o siete sílabas, combinados. No es un poeta culto. Pero es un gran poeta "popular". Todos, como él, tienen la memoria, los oídos, tan llenos de estos ritmos fáciles de retener, que yo mismo, una noche, oí cantar en una taberna de Triana, cuatro versos míos, separados de una elegía que escribí a la muerte del matador de toros "Joselito" y que habían publicado un año antes los periódicos de Sevilla. Los cuatro versos que por la ventana de la taberna salieron a buscarme, dicen así:

Cuatro arcángeles bajaban
y abriendo surcos de flores
al rey de los matadores
en hombros se lo llevaban.

Estas dos coplas, la de Cepero y la mía, la que él me daba a mí, poeta culto, y la que yo entregaba al hombre anónimo de la guitarra, son desde hace siglos, la muestra viva del intercambio lírico entre el pueblo y nosotros. Como esta copla mía, muchas de Manuel Machado, Federico García Lorca y otros poetas antiguos y actuales, unidas ya a sus compañeras anónimas, andan, incorporadas al repertorio de los cantaores, acompañando los bailes y cantos de las fiestas, llevando así una vida errante, igual que las canciones de los siglos XIV, XV y XVI, de las que Lope extrajo tanto aire,

tanto fresco y puro aire, para aligerar con él sus dramas, autos y comedias. Ya hacía más de un siglo que en España había entrado el soneto, dejando paso, poco después, a la octava real, que Garcilaso de la Vega puló con la corriente de su río, empapada de muros y yedras toledanos. La línea llanista, labrada, sencilla, nacional, fluida del Arcipreste de Hita, Santillana, Jorge Manrique, etc., parece como si el Tajo la hubiera oscurecido, sombreándola, pasando por encima, como haciéndola desaparecer de pronto, con la Tercera Egloga del poeta de Toledo y, más tarde, con sus dos grandes afluentes: la Fábula del Genio de Pedro de Espinosa, la otra —límite, meta, maravilla— del cordobés Don Luis de Góngora y Argote: Polifemo y Galatea.

Mas para los poetas del siglo XVII, aun el aire estaba muy cargado: en él pesaban mucho todavía las viejas músicas y canciones, latiendo al son de los antiguos ritmos. A pesar de vivir absorbidos por las nuevas conquistas tanto técnicas como culturales, los viejos aires les contagian. Hay que reposar, que descansar de los largos y difíciles endecasílabos, hay que coger nuevamente del aire, para soltarlos otra vez, los versillos menores, llenos de gracia, desverguenza o ternura. Y es Lope, primero, el que con más abundancia y maestría vuelve a enriquecer la memoria popular, a encandilarla con nueva lumbre. Pienso que nuestro mayor homenaje, como al



principio os dije, es recitarle, traerle aquí, entre nosotros, esta tarde cubana, aplaudiéndole de nuevo, como lo hacía el pueblo de Valencia, de Madrid, de España toda, cuando él, personalmente, tomaba parte en las fiestas, como organizador, como poeta y hasta como farsante repentista, ciñendo una negra bata de dormir, jinete en una mula de cincha cascabelera. ¡Con cuánta gracia y maestría Lope ha aireado todo lo que vio y lo que vivió!: la siega, la vendimia, las bodas, los toros en el campo y en la plaza, los altos veladores de los castillos, las hogueras de San Juan, los pastores y los rebaños. Oíd este chorro de agua clara que él, generoso, devuelve, engrandecido, a su pueblo.

Cántica del velador

Velador que el castillo velas
vélate bien y mira por tí,
que velando en él me perdí.
Mira las campañas llenas
de tanto enemigo armado.
Ya estoy, amor, desvelado
de velar en las almenas.
Ya que las campanas sueñas
toma ejemplo y mira en mí,
que velando en él me perdí

Cantar de siega

Blanca me era yo
cuando entré en la siega;
diome el sol y ya soy morena.
Blanca solía yo ser
antes que a segar viniese,
mas no quiso el sol que fuese

blanco el fuego en mi poder.
Mi edad al amanecer
era lustrosa azucena;
diome el sol y ya soy morena.

Y aunque sea una de las letrillas más famosas de Lope, es una maravilla recordar este

Trébol

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la casada
que a su esposo quiere bien;
de la doncella también
entre paredes guardada,
que fácilmente engañada
sigue su primer amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de la soltera
que tantos amores muda
Trébole de la viuda
que otra vez casarse espera,
tocas blancas por de fuera
y faldellín de color
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

Todavía hoy en Asturias resuenan canciones lejanamente relacionadas con este tema. Sabido es que el trébol de cuatro hojas, sobre todo la noche de San Juan, es buscado por los amantes. Lope, que tuvo tantas, ya solteras, casadas o viudas, es natural que también saliese a buscar su trébol al campo de la poesía popular; que saliese a buscarlo y que él, poeta

de suerte, le encontrara. Pero no sólo uno, sino muchos. Diganme a mí si miento: Elena Osorio, Isabel de Ampuero, Urbina y Cortinas, Antonia Grillo de Armenta, Micaela Luján, Juana Guardo, Ana Rojas y Marta de Nevares Santoyo. Estas, entre las conocidas. Podíamos cambiar este trébol de Lope de femenino en masculino y, glosándolo libremente, dirigirlo a él:

Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!
Trébole de este casado
que a su esposa quiere bien;
de este soltero también
de por vida enamorado.
Trébole de este soltero
que nunca ser virgen pudo,
Trébole de este viudo,
viejo verde y jaranero.
Negro hábito mañanero,
de noche, color de amor.
Trébole, ¡ay Jesús, cómo huele!
Trébole, ¡ay Jesús, qué olor!

Lope, que ya en cartas privadas, o públicamente, en versos endecasílabos, va escribiendo la crónica de su vida, dudando tal vez de la perspicacia de sus futuros biógrafos, nos ha dejado dicho, de modo tenebroso y único, su gran amor por Carlos Félix, su hijo fallecido a los siete años. Son tercetos domésticos, de esa época cuando el atolondrado Lope ya famoso, comenzaba a sentirse atraído por la vida cortesana, galante y representativa.